

El mayor tesoro que posee el cielo en la tierra

*«Al ver las multitudes tuvo compasión de ellas,
porque estaban desamparadas y dispersas
como ovejas que no tienen pastor».* Mateo 9: 36, RV95

Los evangelios narran que Jesús era seguido por multitudes. Ejercía una fuerza de atracción superior a la gravedad. Tal poder emergía del amor que sentía por la humanidad caída.

Todos los hombres llamaban la atención de Jesús. Fueran creyentes sinceros, idealistas errados, sedientos ambiciosos o viles maquinadores. No existía una persona que escapara a su interés, por distorsionados que fueran sus motivos.

Jesús enseñó y demostró a sus discípulos que la salvación del pecador era su prioridad: *«Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido»* (Luc. 19: 10, RV95). Sin escatimar esfuerzos, su misericordia y su gracia siempre estuvieron dispuestas para quienes las quisieron alcanzar.

La atención y el interés que Jesús prestó a la humanidad no es asunto del pasado. Su obra intercesora en favor de los perdidos se manifiesta a cada instante, desde su morada en el Santuario celestial. Los milagros y el auxilio hacia los que claman a él forman parte de su agenda de trabajo. En la Biblia, ha plasmado promesas para transformar nuestra vida. A través de la oración, ha diseñado un canal de comunicación para las almas agonizantes.

Al edificar la iglesia, Jesús ha dispuesto un refugio donde los enfermos encuentren alivio y esperanza. En su interior radica una

agencia que supera los adelantos tecnológicos de la medicina moderna. A diario, las multitudes que se acercan tienen la oportunidad de entregarse a Jesús y ser restauradas. Como en los tiempos antiguos, toda dolencia, sin importar su índole, puede ser remediada.

Los discípulos del Maestro han de dirigir su atención hacia la salvación de los perdidos. Son los agentes de Dios para ofrecer el consuelo que Jesús brindó cuando caminó en esta tierra. En cada persona que se aproxima, integra o abandona la iglesia, se ha de ver a alguien que llamó tanto la atención de Jesús, hasta el punto de dar su vida por ella. El valor de un alma sigue siendo mucho más alto que el de cualquier ambición humana que se pueda abrigar.

Cuando la iglesia invierte toda su atención en la vida de las personas, los resultados no se hacen esperar: desaparecen los inconvenientes en los programas y actividades, existen suficientes voluntarios para cualquier empresa misionera y sobran los recursos para llevar adelante la Gran Comisión.

Dios nos ayude para orientar nuestra atención hacia el mayor tesoro que posee el cielo en la tierra: los seres humanos.

*Ilia Natalie Martínez Ferrán,
licenciada en Teología,
Misión Villa Perla.*